

Crítica de Libros

LA FALTA BASICA

Michael Balint
Editorial Paidós, 1983

Si bien es cierto que se precisa poseer un grado de osadía para enmendar la plana, matizar o señalar contradicciones en lo que FREUD dejó dicho —ser analista se sigue midiendo por la proximidad o lejanía en la que se encuentre cada cual a los textos del maestro—, construir conceptos que vayan más allá de los límites alcanzados y por ello aspiren a formar parte de una teoría general del psicoanálisis, constituye toda una hazaña teórica que pocos han conseguido realizar. Sin embargo, las primeras generaciones de analistas resultaron, por lo general, más libres y capaces de expresar lo que al aplicar un instrumento de análisis se dejaba entrever. Se trataba a veces de correr el riesgo de parecer un poco delirantes cuando el concepto no respondía más que a una teoría particular para uso de su autor y fruto de una transferencia mal resuelta. Peligro ése contrarrestado por erigir el derecho al error en condición necesaria al investigador y a la posibilidad de progreso teórico. Por fortuna FREUD nunca pretendió haberlo dicho todo y acaso sí que lo fundamental corre el riesgo permanente de ser olvidado.

MICHAEL BALINT tal vez sea un buen representante de ese debatirse entre la fidelidad a la teoría aceptada de una vez por todas y por todos y las cotidianas observaciones clínicas, material al que ofrece la posibilidad de que en cada acto analítico se inaugure la teoría de uno que siendo en lo esencial coincidente con la general es esencialmente diferente en su particularidad.

Una pregunta acuciante guía a nuestro autor: ¿Por qué llega a fracasar un análisis?... análisis fracasado que tiene más de un nombre propio. Es bastante probable que al formular esa pregunta pensara en el análisis de FERENZICI pero, en todo caso, si de éste tomó la pregunta y más que eso, todo el libro parece inspirado en uno de sus artículos más lúcidos, «La confusión de lenguajes entre los adultos y el niño», hay que decir que sus impecables observaciones clínicas le avalan en el desarrollo de sus conceptos. Podemos estar de acuerdo con ellos o no estarlo, en algún caso tenemos la impresión de que su pretensión de formular conceptos no sujetos a error le hacen caer en la ceguera teórica y lo que se imagina nacimiento y bautizo no es más que confirmación con otro nombre; por ejemplo, el nivel de la falta básica coincide descriptivamente con lo que FREUD llamó emergencia de la transferencia como resistencia, pero esto no merma interés a la importancia que adjudica y la escucha que presta en el curso de un análisis a la relación primaria, matriz y núcleo de las mayores patologías. Si el complejo nuclear es el edípico, el núcleo a descifrar con mayores dificultades, aquello que amenaza llevar a vía muerta un tratamiento, es de otra naturaleza. Esto como resultado de una práctica no como mera especulación teórica, demuestra que BALINT mantuvo, en lo fundamental, su compromiso con el espíritu psicoanalítico.

María REDONDO
Septiembre 1983

LIMITES DE LA CONCIENCIA Y DEL MATEMA

Víctor Gómez Pin y Javier Echeverría
Ed. Taurus, Madrid 1983

«Todos los motores que conozco funcionan mal. Sencillez. Estoy haciendo un motor con una sola rueda. Sin radios, por supuesto.. La rueda es un cuadrado perfecto. Comprende lo que quiero decir ¿verdad?»

(James Joyce)

No es fácil hablar de este libro. Parece que a los psicoanalistas les produce cierto malestar o cierta desazón. De ningún modo podemos negar derecho alguno a un filósofo para hablar de psicoanálisis. El psicoanálisis está destinado a las más diversas formas de consumo y su circulación como mercancía discursiva nadie la puede evitar. Nadie puede considerarse exento de esa presencia ideológica, sometidos como estamos a la tautología yóica, aquélla conforme a la cual el conjunto de los predicados convergen en la identidad del concepto. Sabemos que esto exige como condición previa la exclusión, no ya sólo de otro número indeterminado de predicados (pues no hay unidad conceptual sin al menos la diferencia que la haga discernible), sino de algo que convinimos, en llamar después de LACAN, lo real. Sobre esa exclusión, sobre esa falta, emerge el discurso. Cuando, como psicoanalistas, insistimos, por ejemplo, en que la pulsión tiene un objeto, lo que queremos es arrancar el «concepto» de pulsión a la consideración filosófica, queremos decir que ese objeto pulsional va a hacerse presente precisamente como falta o porque allí falta, falta que es la condición del discurso y que a la vez lo muestra como malentendido, sustitución o encubrimiento. Por eso no paramos de decir, de construir sentido, para taponar, por mucho que se diga buscar, lo excluido, el «no-dicho» que lo fundamenta. Importante tarea que nos asignan nuestras identidades yóicas.

El discurso del filósofo, quizá olvidando lo que según el mismo ARISTÓTELES debe al mito, suele desconocer esa brecha, esa diferencia entre inconsciente y preconsciente-consciente, entre significante y significado. Decía FREUD que «cuando pensamos abstractamente corremos el peligro de olvidar las relaciones de las representaciones de palabras con las inconscientes relaciones de cosas (Sachvorstellung), y no se puede negar que nuestro filosofar alcanza entonces un indeseado parecido, en la expresión y en el contenido, con el trabajo mental de los esquizofrénicos. Podemos decir, por lo demás, que el pensamiento de los esquizofrénicos se caracteriza por tratar las cosas concretas *konkrete Dinge* como si fueran abstractas» (S. FREUD, Studienangabe IV, p. 162).

De ese modo, añadimos nosotros, su discurso se hace pleno, se universaliza y se autolegitima como discurso totalitario («discurso del amo», solía llamarlo LACAN) en la exclusión de otro discurso, del otro discurso en suma, el de la otra escena, *exclusión* esa que la posición del analista obliga a escuchar, a oír, y que no es otra que la del sujeto.

¿Se da esa esquizofrenia filosófica en el libro que hoy comentamos? No vamos a entrar en un análisis detallado del contenido del libro ni tampoco pretendemos saldar la lectura de un libro no exento de interés, con la cómoda crítica del clínico. La teoría psicoanalítica, la única desde la cual cabe discutir con este libro, es una exigencia del propio quehacer psicoanalítico y una de las cosas que diferencian el psicoanálisis de otro tipo de psicoterapias.

Nos limitaremos por tanto a la consideración de este exclusivo aspecto que venimos señalando, que ciertamente no es el único pero tampoco el menos sugerente.

En el prólogo se nos indica la paradójica hipótesis básica del libro: «el inconsciente freudiano escapa a toda subsunción bajo un concepto» (p. 7).

Saben bien los autores, sobre todo sabe bien VÍCTOR GÓMEZ PIN: que el sentido requiere la represión, que las representaciones conscientes exigen el mantenimiento de lo reprimido originario, como saben que el levantamiento de toda represión supondría la pérdida del sentido, la esquizofrenia en la que las representaciones de palabra se convierten en representaciones de cosa. Ya no hay en la esquizofrenia articulación entre ambas representaciones o, dicho de otro modo, entre la represión originaria y el discurso.

Es más, en el comentario al texto «Die Verneinung», señalan, siguiendo a FREUD, que una representación inconsciente puede estar en la conciencia bajo forma denegativa, razón por la cual sigue estando reprimida, y razón por la cual se mantiene el juicio, de modo y manera que la

propia función intelectual como tal supone la negación. La negación, consustancial al juicio, señala a la perfección el mantenimiento de lo reprimido, sin lo cual no habría juicio, éste se perdería. «El levantamiento de la represión equivaldría a que una representación consiguiera emerger ligada a la *medida* de afecto, gracias a cuya transformación ha habido precisamente afectos disponibles para que las representaciones puedan advenir a la conciencia. El levantamiento de la represión supondría que una representación trasciende el estatuto inconsciente... y el estatuto consciente... supondría en definitiva que se anula la diferencia misma entre inconsciente y consciente» (p. 37). El juicio o el sentido sólo cabe, en consecuencia, «allí donde tras la separación se da el investimento» (p. 38).

Donde no hay separación, donde no hay diferencia, donde no hay represión sino «forclusión», el sentido queda abolido.

¿Cómo sentir de esta lectura rigurosamente freudiana de la represión y el sentido?

Ahora bien, que una representación esté en la conciencia, como el propio V. GÓMEZ PIN nos recuerda, no quiere decir que no siga siendo reprimida. «Se da, dice FREUD, tan sólo una especie de aceptación intelectual de lo reprimido, con lo cual lo esencial de la represión subsiste».

Y he aquí que nos parece que la formalización no ya sólo de un sueño sino del inconsciente todo, es decir, de la propia estructura del inconsciente, que nos proponen los autores, es, a nuestro entender, un modo (eine Art), una perfecta manera de ilustrar cómo diciendo lo que se dice, se oculta o se reprime a la vez. La susodicha formalización se debe a la más filosófica (o esquizofrénica) tarea de someter las asociaciones «libres» a la universalidad de una organización hipotáctica de las mismas (nuevo árbol de Porfirio), según la cual lo que se dice remite a lo ya dicho y se explica siempre por un dicho bien localizado en la estructura del discurso. La condensación freudiana pasa así al estatuto de la tautología que no de la repetición, pues ésta no es más que la insistencia de lo no dicho, razón por la cual se dice. Y así nos encontramos con unas tablas en las cuales los términos, manifiestos y latentes, se corresponden tautológicamente, resultando así que lo reprimido puede finalmente sernos revelado en el Ordenador, nuevo Amo absoluto capaz de sustentar todo el saber. Y una vez más está muerto, una vez más la causa formal, que en el ejemplo aristotélico era la escultura, oculta la causa material o, según el ejemplo lacaniano, que «el significante se define actuando en primer lugar como separado de la significación», separación, brecha o diferencia entre el significante y el significado que es la razón del sentido. El sentido sustituye y si así hace es porque no consigue decir aquello que nos promete, el referente no da más de sí que la pura referencia o pérdida. Lo que trasciende el sentido es una exclusión, es decir, su propio fundamento, la castración, en suma. Y si hay una lógica del inconsciente es aquella que preserva la separación, la distancia necesaria para que la función del juicio no se pierda. Ya por esta razón sería irreductible a la lógica de la conciencia.

En esa brecha, en esa separación, se marca el sujeto, marca de la *Urverdrängung*. La freudiana identidad de percepción es la búsqueda de una huella borrada y registrada como tal. En el inconsciente no hay identidad de pensamiento; en efecto, el sujeto es aquel que no se comprende a sí mismo. Ha de tener que ver entonces con el «inter-dicto», con el incesto. Donde se origina no se comprende, allí no sería más que pura escisión.

Aquí nos quedamos. Otra «crítica», incluida en este mismo número de la Revista, la de un filósofo, habla de nuestro libro de otra manera. Creo que ninguna de ellas exime de su lectura, una lectura que obliga al rigor y nada hay peor para el psicoanálisis que la pereza mental.

F. PEREÑA
Enero 1984

* * *

El joven Hume se vio sumido en la más absoluta desesperación cuando, tras publicar la que es, sin duda, su obra fundamental, se encontró, con estupor, no sólo con que ésta no suscitaba las airadas críticas que él esperaba, sino ni tan siquiera los comentarios piadosos. La obra, el *Tratado sobre la naturaleza humana*, encontró, como respuesta a su ambición, la más insolente indiferencia. Nuestro entrañable Lulio se quejaba amargamente cuando, después de haberse afanado durante años en un proyecto de una importancia filosófica extraordinaria (un lenguaje

universal apto para codificar una máquina silogística), contemplaba con dolor cómo nadie dedicaba el interés y el esfuerzo necesario al aprendizaje de su característica, ni al estudio de las sutilezas de su máquina. A veces el pecado suele llevar consigo la penitencia y tal parece ser la sorpresa que el destino acostumbra regalar a quienes de él se burlan. Así, la reciente colaboración de VÍCTOR GÓMEZ PIN y JAVIER ECHEVERRÍA, *Límites de la conciencia y del matema*(*), obtendrá —me temo— como respuesta a su ambición, al igual que LULIO, al igual que HUME, el silencio y la incompreensión.

Asusta pensar que, tal vez, dicha incompreensión no deje de ser del todo inmerecida. En efecto: en una primera ojeada, el libro asusta, echa para atrás al lector en su desmesura. Uno empieza a mirar acá y allá y lo menos que se queda es boquiabierto ante tal aparición de gráficas, tablas con incomprensibles signos, extrañas fórmulas matemáticas, citas en alemán, citas en griego... Da la impresión de ser un libro muy confuso, disparejo en sus pretensiones, desigual en sus objetivos, alocado. Si, sin embargo, se tiene la suficiente entereza y uno es capaz de sobreponerse a las amenazas de los auspicios exteriores, si se tiene la suficiente audacia y se pueden superar las dificultades de los signos interiores, si, finalmente, se tiene la fuerza y uno es capaz de resistir la corrosión de la desmesura paralógica, el lector encontrará —aunque la crítica y la ignorancia no lo consideren— una de las obras intelectualmente más ambiciosas, más originales y más lúcidas de la reciente producción filosófica europea, aún incluso cuando los terribles presagios iniciales llegan a confirmarse después de la lectura. La sensación de confusión y de desorden no desaparece y el desaliño general, producto, sin duda, de un desprecio hacia el estilo, marca, como una enorme cicatriz toda la obra. Lo cual no es óbice para que, tras un análisis pormenorizado, se pueda detectar la nervatura que mantiene la unidad estructural del libro en su difícil equilibrio. No obstante, objetivos e intenciones permanecen dispersos, haciendo necesaria una valoración de detalle, no sólo para calibrar el alcance y la importancia de la obra, sino también para poder mostrar su unidad y su coherencia interna.

CARTOGRAFOS DE SUEÑOS

Así las cosas, el libro se inaugura con una pregunta clave: *¿es posible matematizar el inconsciente?* De la comprensión del significado de tal pregunta, de la comprensión de sus implicaciones y de los objetivos que envuelve, depende, acaso, la comprensión del sentido de toda la obra, si bien, no el de su importancia. Ello es tanto más paradójico cuanto, de inmediato, se obtiene la respuesta de que «seguramente no es posible». A pesar de ello, la intención fundamental del libro consistirá en mostrar tal posibilidad. El hecho de que la empresa no tenga éxito no invalidaría, en cualquier caso, su originalidad, ni los objetivos que de una tentativa tal cabría esperar. Poder mostrar la posibilidad de una matematización del inconsciente no suministraría una delimitación rigurosa del pensamiento y de sus fronteras. Nos suministraría, por tanto, un concepto adecuado de lo consciente y de lo inconsciente.

La estrategia de la que GÓMEZ PIN y ECHEVERRÍA se van a servir, en primer lugar, consiste en traer a la luz, en desplegar, una estructura lógica que, tal vez hasta ahora, haya pasado desapercibida: la que vincula el contenido manifiesto de la narración de un sueño con su contenido latente. Si tal estructura es susceptible de formalización, si tal estructura no es —como se pretende— ajena al orden del matema, se habrá producido un giro copernicano en el estudio de la psique, equiparable al que KANT reivindicara en la *Crítica de la Razón Pura*, con respecto al estudio de la Metafísica. La tarea, por tanto, constará de tres partes fundamentales, la primera de las cuales, sin duda la más prolija, consiste en mostrar la posibilidad de analizar formalmente o incluso de matematizar (modo privilegiado del análisis formal) un sueño cualquiera; pues sabido es que la interpretación de los sueños es considerada por FREUD la «*via regia*» para el estudio del inconsciente. El segundo objetivo a perseguir, en un siempre apasionante «más difícil todavía», consistirá en establecer un modelo de lógica que se adecúe a las necesidades del análisis propuesto, es decir, una lógica apta para operar en el dominio del inconsciente o, lo que es lo mismo, una lógica de lo indiferenciado, una lógica sin negación y, por tanto, sin identidad, incapaz de distinguir entre contrarios pues, en el inconsciente no hay contradicción. Finalmente, no queda sino tratar de presentar tal modelo. Lo cual ha de ser, necesariamente, una tarea

frustrada. Aún y cuando sea posible poner de relieve la consistencia de algunos agujeros en los que la construcción de un modelo tal de lógica aparezca sin contradicción.

PSICOANÁLISIS PARA COMPUTADORAS

Una de las consecuencias más sorprendentes, o más graciosas en el dudoso supuesto de que una empresa tal fuese coronada con el éxito, sería la posibilidad de programar un ordenador, cuya consideración formal de las estructuras de la conducta permitiese descubrir relaciones entre los elementos de la narración de un sueño, o los de una sesión de terapia, que podrían pasar desapercibidos incluso a un analista perspicaz. Además, el análisis por computadora, erradicaría definitivamente de la hermenéutica freudiana la interpretación simbólica en la que —en opinión de ECHEVERRÍA— el propio FREUD vuelve a recaer. El escándalo que tal posibilidad inmediatamente suscita en el lector inteligente (psicoanálisis por computadora) es sofocado de inmediato. En efecto, podría decir alguien, ¿y qué ocurre con la relación de transferencia, tan importante para la terapia? ¿Es posible establecer una transferencia con un ordenador? Esta parece una buena objeción a la que, no obstante, el profesor ECHEVERRÍA responde sin arredrarse: ¿y por qué no? ¿No vemos acaso cómo los niños e incluso muchas personas mayores mantienen relaciones de transferencia con otras máquinas tales como el televisor? ¿Por qué no iba a ser posible mantener dicha relación con un ordenador?

Otra aportación digna de reseñarse del método propuesto es la que permitiría detectar el espacio del deseo no en un término cualquiera, ni en un signo peculiar, sino en la circulación de signos. «El deseo se sitúa —escribe ECHEVERRÍA— allí donde la circulación de signos es más intensa». De este modo, la revolución metodológica llevaría consigo una revolución topológica al codificar las pulsiones libidinales en términos cuantitativos, desvinculándolas por completo de la vieja tradición substancialista.

UNA LOGICA DE LA PASION

La segunda cuestión medular del libro es la que interroga por la posibilidad de una lógica sin negación. ¿Qué sentido tiene elaborar una lógica tal y qué finalidad?

Sabido es que, tras la *Interpretación de los sueños*, el reino del inconsciente queda caracterizado como el reino de la pura afirmación, en la medida en que la negación sólo aparece como índice de lo reprimido. ¿Puede entonces en tal sentido —y como contrapartida— mantenerse que la nota característica de la conciencia es la negación? Sin duda. ¿No es acaso el sistema hegeliano —la exposición de todas las formas de la conciencia— justamente regido por la absoluta negatividad? Si la negación rige, por tanto, el orden de la conciencia, ¿por qué no se ha de admitir la afirmación como signo característico del inconsciente? De ahí que, para permitir una aproximación formal a la estructura del inconsciente —en el supuesto de que el inconsciente esté estructurado de alguna manera— sea necesaria la articulación de una lógica sin negación. El problema no es sencillo en absoluto. Es más, es imposible resolverlo, pues una lógica tal es una lógica de lo indiferenciado, es decir, sin identidad y, por tanto, sin posibilidad de establecer elementos entre los cuales se puedan formular relaciones de algún tipo. En cualquier caso, sí es posible mostrar modelos de argumentación no regulados o no dominados exclusivamente por la identidad. Tal es la intención que lleva a GÓMEZ PIN a analizar en detalle la tarea asumida por FREGE de fundamentar la matemática. Habida cuenta además de que, según la vieja recomendación aristotélica, también al filósofo le corresponde el estudio de los axiomas de la matemática, puesto que sus principios generales son también los principios generales del pensamiento. En sentido semejante —e invadido por completo de un espíritu platónico— GÓMEZ PIN propone a la consideración del lector el modelo inaugurado por el espacio de HILBERT, como modelo de representación que excede los límites de la conciencia, si por tales límites se entiende el orden regido por el binomio tiempo-espacio tridimensional. Tal consideración sólo nos ha de llevar a tomar este ejemplo como un escalón más en el proceso ascendente hacia el verdadero conocimiento, en el mismo sentido en que PLATÓN valoraba en el *Banquete* el amor o la belleza como peldaños ascendentes hacia la verdadera realidad.

SI JULIO CESAR ES O NO UN NUMERO

LEIBNIZ había conseguido definir toda la aritmética en función de algunos de sus términos más elementales, reduciendo las proposiciones más complejas a los conceptos simples de cero, uno y «sucesor de». No obstante, FREGE consideraba que era necesario dar cuenta también de estos conceptos si se quería obtener una definición suficientemente precisa de lo que es un número. GÓMEZ PIN, llevado de la convicción de que aquello a lo que se reduciría el número daría cuenta asimismo de todo lo concebible, pretende que el intento fregeano de definir intrínsecamente —i.e. caracterizándolos en sí mismos, no mediante otros términos— el cero y el uno, pondría en cuestión, no la firmeza ni la validez del principio más firme aristotélico, según el cual es imposible que algo pertenezca y no pertenezca a la vez a un mismo objeto bajo un mismo respecto, pero sí permitiría establecer sus límites, es decir, los límites del principio de no contradicción o, lo que puede ser equivalente, los límites de la conciencia. Pues, según la intención de FREGE en los *Fundamentos de la Aritmética*, hasta que no hayamos conseguido precisar con claridad qué es un número y qué no lo es —y recordemos que para ello es necesario definir el uno y el cero, así como el concepto de «sucesor de» que quedaban inexplicados en la tentativa leibniziana— no estaremos siquiera en condiciones de determinar con certeza si Julio César es o no un número. FREGE tiene para ello que desvincular a los números de su representación física y mostrar que el pensamiento nos hace irrupir más allá de lo representable. Así llega a definir el cero como «el número cardinal que pertenece al concepto no idéntico a sí mismo». FREGE reconoce que igualmente podría haber elegido cualquier otro concepto bajo el cual nada es subsumido (como el de rectángulo equilátero, p. ej.) pero convenía escoger un concepto tal que su particularidad pudiera demostrarse por medios estrictamente lógicos. Ahora bien, nos es posible señalar, sin riesgo de equívoco, propiedades que pertenecen únicamente al concepto cero así definido. Obsérvese que para ello no es indispensable el que exista el objeto al que el concepto hace referencia, pues la existencia no es una propiedad del objeto, sino del concepto. Pues bien, si por tanto es posible señalar propiedades que pertenecen únicamente al concepto cero, ello sólo lo será en la medida en que cero es idéntico a sí mismo, de modo tal que se pueda afirmar que el número cardinal que pertenece al concepto no idéntico a sí mismo es idéntico a sí mismo. O lo que es más gracioso, que la definición de cero nos suministra la clave para definir intrínseca y suficientemente el uno, dado que sólo hay un cardinal tal que no sea idéntico a sí mismo. Así pues el alcance extensional del concepto, que no es lo mismo —o no tiene por qué ser lo mismo— que su objeto, nos suministra el elemento apto para deducir el uno.

En conclusión, hemos encontrado por tanto no lo que ya mostraba Aristóteles, que la identidad viene exigida por la diferencia, sino que la identidad misma, sin por ello ser contradictoria, pero además que la identidad no exige la existencia. Es decir, hemos mostrado, sin contradicción, la posibilidad de una lógica sin negación. Pero sólo su posibilidad ya que, como más arriba hemos considerado, el desarrollo efectivo de una lógica tal no parece estar a nuestro alcance.

Miguel CERECEDA

NEUROFARMACOLOGIA FUNDAMENTAL Y CLINICA

Tomo I. J. Florez y M. Martínez-Lage (Edits.)
EUNSA. Pamplona 1983

Resulta sorprendente que la primera Farmacología y Terapéutica Neurológica —en sentido estricto— que aparece en nuestro país no sea un Manual, sino que constituya un verdadero Tratado. Y esta sorpresa es aún mayor si comparamos este libro con la mayoría de los textos que sobre neurofarmacología han aparecido en los últimos años: KŁAWANS y cols., *Textbook of Clinical Neuropharmacology*; KUTT y McDOWELL, *Clinical Neuropharmacology*; EADIE y TYRER, *Neurological Clinical Pharmacology*, que son de una extensión varias veces menor. Incluso las

Terapéuticas más al uso: SAMUELS, *Manual of Neurologic Therapeutics*; ROSENBERG, *The Treatment of Neurological Diseases*; o la de CALNE, *Therapeutics in Neurology* son de perspectivas más reducidas. Y si algún texto es de densa estructura como el de Palmer, *Neuropharmacology of Central Nervous System and Behavioral Disorders*, se debe a que en realidad es una obra especializada en Neuropsicofarmacología. El texto que comentamos, tiene, pues, un carácter distinto al de estos libros, es realmente un Tratado —en el más amplio sentido del término— sobre Farmacología y Terapéutica Neurológica. El primer tomo consta de más de 800 págs. que analizan cuatro secciones: Neurofarmacología básica, y Farmacología y Terapia de epilepsias, trastornos del movimiento y dolor.

Creo que toda presentación y crítica de este volumen debe ser enmarcado en este contexto de obra enciclopédica y descriptiva de lo existente en este terreno del saber neurológico, que ha de exigir un dramático esfuerzo y supone una ambición sin precedentes. Este carácter exhaustivo de la obra es su principal virtud —y no es poca.

El libro está editado por los titulares de la C.^a de Farmacología de la U. de Santander y del Departamento de Neurología de la U. de Pamplona, y en él colaboran diversos miembros de estas unidades, y otros autores, principalmente neurólogos geográficamente próximos. Este plantel de autores combinan sus conocimientos para ofrecer una panorámica de los múltiples aspectos de la farmacología y terapia de cada una de las secciones en que está estructurado el tomo I, efectuando revisiones amplias y bien documentadas.

La primera sección que estudia aspectos farmacológicos y neurofarmacológicos básicos, constituye un acierto pleno. Es difícil encontrar en las Neurofarmacologías anteriormente citadas temas básicos de farmacología y farmacocinética. Quizá la extensión (más de 150 págs.) sea algo excesiva.

La Terapia de los movimientos anormales está muy lograda, con una puesta al día minuciosa. Contiene algunos capítulos claros, legibles y ajustados de extensión como el dedicado al tratamiento de la enfermedad de Parkinson. Sorprende que las extensiones de algunos temas no sean parangonables con su importancia farmacológica (p.e. se dedica menos extensión al tratamiento de la enfermedad de Wilson que al balismo).

La sección de epilepsias me parece de contenido desigual. Conlleva algunas reiteraciones (p.e. en varios capítulos se analizan los efectos adversos de los anticomiciales sin dedicar un capítulo a ellos por entero como parecería lógico), y se echan en falta algunos temas (p.e. el tratamiento de los diversos estados de mal en el sujeto adulto). Quizá una mayor coordinación entre los autores —siempre difícil— hubiera homogeneizado la sección, reduciendo la extensión del texto.

Es un acierto indudable la inclusión de una sección sobre dolor, la puesta al día de opiáceos, endorfinas, vías y estructuras nerviosas algógenas relacionadas con este sistema, y el análisis de diversas algias incluyendo jaquecas. Hubiera sido deseable la descripción de mecanismos neurofisiológicos algógenos no opiáceos, tipos neuropsicológicos de pacientes que sufren dolor crónico, y tal vez una síntesis final del «state-of-the-art» sobre este tema y los cambios futuribles.

Aunque la obra pretenda esencialmente un estudio a la vez panorámico y profundo de cada uno de los problemas neurofarmacológicos abordados, en lugar de una receta o pauta terapéutica, me parece que hubiese sido deseable una mayor dosis de criterios prácticos en muchos temas, sobre todo para aumentar la audiencia médica a los no neurólogos. La documentación bibliográfica de que dispone el lector es muy amplia, pero para que esta obra pueda constituir un resumen definitivo sobre lo publicado hasta ahora, habría que subsanar dos pequeños defectos a mi entender: uno, el sesgo relativo de lo publicado en España sobre el tema fácilmente remediable vía Índice Médico Español; y otro, la ausencia de una bibliografía seleccionada de revisiones o textos importantes (como realiza KŁAWANS en su libro), esta ausencia determina hechos paradójicos como el que libros o revisiones importantes no se citen en la bibliografía: p.e. el libro de RICHENS de terapia anticomial, los textos de HENDLER o JANSSEN sobre dolor o la revisión de ZIMMERMANN sobre neurofisiología de la nocicepción. (La autoría múltiple tiene algunas desventajas).

En suma, esta es una obra francamente meritoria, que constituye un punto de partida en la Neurofarmacología moderna de este país. El libro tiene aspectos de interés no sólo para neurólogos sino para psiquiatras, internistas, farmacólogos y otros especialistas, y merece figurar en las bibliotecas hospitalarias. Incluso, dado que su precio, inferior a las 6.000 ptas., que no es

alto para lo que se ofrece, se puede recomendar como una inversión rentable para el bolsillo individual.

F. BERMEJO P.

NEUROLEPTICS: NEUROCHEMICAL, BEHAVIORAL, AND CLINICAL PERSPECTIVES

Coyle, J.T. y Enna, S.J. (Edits.)
Raven Press. N.Y. 1983

Los neurolepticos constituyen sin duda el grupo de fármacos neuropsiquiátricos más serios. Esta seriedad viene determinada por su probada eficacia antipsicótica y sus efectos secundarios potencialmente graves. Estos medicamentos, cuya historia apenas excede el cuarto de siglo, han modificado la apariencia de los manicomios, propiciando el tratamiento ambulatorio de muchos esquizofrénicos, lo que ha constituido un importante logro práctico; pero además, a nivel teórico, el estudio de sus acciones farmacológicas, ha desatado una importante investigación sobre la fisiopatología de la esquizofrenia y sobre los mecanismos de neurotransmisión en el sistema nervioso.

El libro que comentamos resume y actualiza los conocimientos existentes sobre estos medicamentos. Pero el lector debe saber que esta puesta al día, conlleva un análisis profundo de los principales problemas neurofarmacológicos al respecto, pero que no constituye un texto sobre estos fármacos. Esto es, muchos datos elementales o generalidades (desde la estructura química hasta la farmacocinética) no son analizados de forma sistemática.

El libro está estructurado en plan de revisión de los temas y problemas que los neurolepticos suscitan, y cada uno de ellos es glosado por un autor o autores, de conocida solvencia en los mismos. (La autoría es casi exclusivamente anglosajona y de predominio norteamericano).

Los capítulos están desarrollados de forma exhaustiva con una bibliografía extensísima. Por estos motivos los dedicados a problemas farmacofisiológicos: «Neuroquímica funcional de los neurolepticos», (R.H. ROTH), «Farmacología electrofisiológica» (B.S. BUNNEY), e «Interacción de neurolepticos y receptores» (I. CREESE) —dedicado esencialmente a los receptores dopaminérgicos—, exigen una lectura concentrada y paciente, y resultan quizá algo extensos. Otros capítulos importantes se dedican a los efectos antipsicóticos (J. DAVIS y cols.), a su utilidad en neurología (M. van WOERT) y a sus efectos secundarios (F.J. AYD, y P. JENNER y C.D. MARSDEN). También son relevantes los dedicados al interés de las determinaciones plasmáticas de estos fármacos en la práctica clínica (H.Y. MELTZER), a los nuevos neurolepticos atípicos (C.A. TAMMINGA) y a la hipótesis dopaminérgica de la esquizofrenia (G. PEARLSON y J.T. COYLE).

Como todo libro estructurado por temas importantes y autores diversos tiene algunas repeticiones —no muchas— y algunas ausencias —poco relevantes—, como el síndrome maligno de los neurolepticos.

En suma, un libro que revisa el pasado, el presente y el futuro (al menos delinea el posible futuro) de los neurolepticos en algo más de 300 páginas con la autoridad de científicos de primera línea en la materia.

El precio, que oscila alrededor de las 14.000 ptas. es casi prohibitivo para el bolsillo individual, por lo que sería deseable que fuese adquirido por las bibliotecas hospitalarias.

F. BERMEJO P.